

DOMINGO XXXI DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Malaquías 1, 14b-2, 2b.8-10): *¿No tenemos todos un mismo Padre?*

Salmo (130, 1.2.3): *«Guarda mi alma en la paz, junto a ti, Señor»*

2ª lectura (1ª Tesalonicenses 2, 7b-9.13): *Para no serle gravoso a nadie.*

Evangelio (Mateo 23, 1-12): *El primero entre vosotros sea vuestro servidor.*

Ya nos lo advirtió el papa Francisco: «¡Cuidado! La importancia que damos a la imagen y a los medios, hace que pongamos mucho esmero en la apariencia, y se corre el peligro de que nos quedemos en lo exterior, descuidando ese mundo, tan peculiar del ser humano, como son sus convicciones, sentimientos, anhelos y necesidades».

Ser “alguien”. Es una forma de salir del anonimato, importa mucho sentirse valorado, reconocido, lo cual, no garantiza el ser querido. Es el triunfo de las formas, los títulos, los cargos y las rentas: Quien pueda hacer gala de un buen tipo, de una bella figura, un buen puesto, una buena cuenta y una buena conversación, tiene ya la aureola de aceptación asegurada.

Y esto ha entrado, también, en la Iglesia trastocando el sentido de funciones y ministerios. Hay funciones que ya no se asumen para el servicio de la comunidad sino para hacerla, resaltar en la tarjeta personal de visita y en el “curriculum vitae”. Hay ministerios que suponen socialmente un prestigio, y hay personas que viven obsesivamente la pretensión de ser nombrados más por el boato que conlleva que por la responsabilidad del servicio. Hay a quienes les encanta la liturgia cortesana más que la responsabilidad pastoral y evangelizadora.

Así que hoy, Malaquías, igual que cuando vivió, en el siglo V a.C., seguiría teniendo trabajo en este nuevo pueblo de Dios en el que algunos fieles, curas y obispos no hacen caso ni a Malaquías ni al Papa. Hace falta Malaquías indignados en la Iglesia. Todavía hay quien se cree que los cargos son etiquetas de prestigio, plataformas de distinción y puestos de privilegio.

Los cristianos de hoy tenemos una gran responsabilidad en que siga habiendo “trepas” descaradas que se sirven de la Iglesia en lugar de servir, desde la Iglesia, a la humanidad necesitada, doliente, descarriada y sin esperanza.

El atrevimiento de Jesús es clamoroso. Si hoy alguien se atreviera a usar sus expresiones cuando se refería a los encargados de la educación religiosa de su tiempo, habría quien pediría su excomunión; y otros, en nombre de una caricatura de la caridad con la que pretenden cerrar la boca y evitar críticas, lo tacharía de irreverente, irrespetuoso, imprudente y escandalizador.

Todo esto porque aquellos dirigentes se habían apoderado de la tradición de Moisés, asumiendo y apropiándose de su cátedra, y habían dado al traste con la experiencia religiosa, profunda y humana, que une como compañeros de camino a Dios y a la humanidad.

Seguramente Jesús habría sido más tolerante con ellos si su obsesión hubiera sido otra o su manía moral se hubiera apoyado en algo distinto a Dios; algo así como la necesidad del orden, la conveniencia social, la utilidad económica... Pero Jesús nunca aceptó poner a Dios como garante del orden civil y del cumplimiento legal. No, eso no. Porque eso convertiría a Dios en juez, fiscal, defensor y guardián, todo a la vez. Insistir en el miedo a Dios como forma de hacer cumplir las leyes y respetar el orden es instrumentalizarlo al servicio de ricos y poderosos que, de esa manera, fundamentan su autoridad en un origen divino que no admite insubordinación, crítica ni razonamiento.

Dios es alguien mucho más profundo, rico y humanizador que esa caricatura que proponen, incluso inconscientemente, muchos representantes religiosos, más atentos a la responsabilidad social, que no les compete, que a la experiencia de Dios, de la que sí son responsables. Pues hay ministros religiosos que parecen más elegidos por la autoridad civil que surgidos de una vocación religiosa, más inclinados a reforzar las paredes de un edificio civil, nacional o nacionalista, según los casos, que proclamadores del evangelio del perdón y de la gratuidad para todos.

De esta forma, arrebatan y privan de la experiencia incomparable de que Dios es Padre y les impiden entrar en casa de Dios como en su propia casa y sentirse hijo. Es como el que entra en una casa y no se atreve a hacer ni tocar nada, porque teme molestar. Todo lo contrario al hijo que, sintiéndose de la familia, sin haber comprado nada de lo que hay en ella, todo lo usa, todo lo tiene como propio. El uno es libre, de verdad; el otro, está atrapado en lo que la ley exige. No es hijo.

Privar de esta experiencia es demasiada responsabilidad. La comunidad debe reaccionar indignada ante quienes, por la razón que sea, privan a otros de saber, entender y sentir que Dios es nuestro Padre, el de todos. Por eso, solo a Él le compete el amor, la seguridad y el alimento de sus hijos. Lo demás es otra cosa.